

## Filés: democracia económica en el siglo de las redes

*Internet ha revolucionado numerosos ámbitos, pero nada ha cambiado más que la producción social del conocimiento. Internet ha multiplicado los espacios en los que se genera el conocimiento. La aparición de los netócratas, con el desarrollo de las nuevas tecnologías, no supone, sin embargo, una novedad. Su función de procesadores de información supone una búsqueda de reconocimiento a la vez que un rechazo hacia la jerarquía. Esto recuerda el funcionamiento de las filés, cuyo ejemplo paradigmático, y ya antiguo, puede ser el de los muridies.*

**Palabras clave:** Lógica de la abundancia, lógica de la escasez, netócratas, filés, jerarquía, cooperativismo, reconocimiento.

El uso cotidiano en los modos de trabajo de tecnologías de comunicación distribuida, como Internet, produce de manera casi automática la inculturación de la lógica de la abundancia: “Las jerarquías son necesarias para gestionar la escasez, para racionalizar los cuellos de botella en el acceso a la información, pero cuando el trabajo se organiza por necesidad de manera casi obvia, de forma distribuida, todo te lleva a pensar en términos, cuando menos, democráticos, con jerarquías mínimas y estructuras muy horizontales”.

La lógica de la abundancia es un concepto seminal que Juan Urrutia propuso en 2002 <sup>(1)</sup> como base para comprender la entonces llamada “nueva economía”.

El ejemplo clásico es la comparación entre los periódicos y la blogsfera. En un periódico, con su superficie de papel limitada, publicar una línea más en un artículo implica suprimirla en otro como en un juego de suma cero. En cambio, en la blogsfera, un espacio donde el coste social de un post extra es cero, que cualquier blogger publique su información no merma las posibilidades de publicación de otro.

El coste marginal es cero. Simplemente desaparece la necesidad de dirimir colectivamente qué se publica y qué no. Frente a la lógica de la escasez que genera la necesidad de la decisión democrática, la lógica de la abundancia abre la puerta a la pluriarquía <sup>(2)</sup>.

En un universo como éste, toda decisión colectiva o jerárquica sobre qué se publica o qué no sólo puede ser concebida como generación artificial de escasez, merma de la diversidad y empobrecimiento de todos.

Para una generación y un ámbito profesional cuyas herramientas de trabajo funcionan bajo una lógica como ésta, incluso la democracia económica ha de ser vista como un mal menor, como un pacto con la realidad en aquellos espacios sociales como la empresa donde aún hay que lidiar con la escasez. Por eso los innovadores que emprenden en el ámbito de las redes sociales o diseñando productos sobre Internet redescubren con ojos nuevos tradiciones tan antiguas como las cooperativas.

<sup>(1)</sup> Juan Urrutia, “Redes de personas, Internet y la lógica de la abundancia: un paseo por la nueva economía”, *Ekonomiaz: Revista Vasca de Economía*, 2001; 46: 182201 (ISSN 02133865).

<sup>(2)</sup> Véase VV.AA, *De las naciones a las redes*, El Cobre, 2009.

Se les ha llamado “trabajadores del conocimiento”, “la nueva clase de Internet” o simplemente “netócratas” (3), pero en realidad pocas son las asunciones sobre ellos que se basan en la esencia misma de su trabajo. Son, en muchos aspectos, los nuevos barberos o zapateros del mundo de las redes distribuidas, pero, como veremos, tal vez sería más correcto definirlos como tejedores y elaboradores de contextos.

## Tejedores de contextos

Nada ha cambiado tan radicalmente en los últimos veinte años como el proceso de generación social de conocimiento.

Antes de la extensión social de Internet, incluso en cada red y entorno social, el conocimiento nuevo era el resultado de una conversación relativamente manejable entre agentes especializados, articulada por instituciones bien establecidas encargadas de ordenar y filtrar la discusión social.

El modelo general venía dado por el parlamento y la prensa: unos cuantos nodos representaban grandes orientaciones y al tiempo las constreñían dándoles coherencia interna. Cada área de conocimiento reproducía fractalmente este modelo: por ejemplo, en la academia, mediante los *journals* y el debate entre escuelas más o menos confundidas con disciplinas.

Pero la eclosión de Internet ha erosionado tanto a la gran prensa como a los *journals*. Al interconectar directa y globalmente a millones de agentes que antes sólo aparecían en el espacio social tras ser filtrados institucionalmente, el sistema de generación social de conocimiento, en cada comunidad, se parece más a un sistema complejo, como la meteorología, que al ordenado mundo de los parlamentos y el ideal científico barroco. El estallido de diversidad consecuente ha hecho buena la profecía que hizo Juan Urrutia en los años ochenta: Internet es la postmodernidad.

Y han sido precisamente esa fractalización y ese solapamiento de los conocimientos, cada vez más ligados a identidades, la que han llevado a planear con más fuerza que nunca qué es y cómo se forma eso que llamamos conocimiento.

La definición canónica significativamente originada en el mundo de la crítica del arte y los objetos culturales nos dice que conocer es dotar de significados, generar sentido, explicar un conjunto de hechos mediante un relato que cumple ciertas normas de coherencia interna y satisface ciertas condiciones epistemológicas.

Los significados que atribuimos, el relato que hacemos a partir de una serie de hechos, no surgen de la nada ni aparecen como resultado de aplicar una función determinada. Los significados no se generan como si aplicáramos un operador matemático a un conjunto de datos. La información se significa desde y a partir de un contexto que es anterior y más amplio.

Estos contextos son en sí mismos conjuntos de significados concatenados, enlazados entre sí. Son matrices estructuradas de relatos con capacidad para generar otros relatos, que se sostienen unos a otros conformando su propia estructura de legitimación.

La teología católica, la teoría económica neoclásica y el psicoanálisis son, por ejemplo, otros tantos contextos capaces de generar conocimiento, aunque sus productos no se reconozcan entre sí como conocimientos válidos. Cada uno, aun en el caso de que invoquen principios comunes, opondrá su propia epistemología, su propio principio ordenador de verdad.

(3)

Véase VV.AA., *De las naciones a las redes*, 2009. Se trata de un término creado por los autores suecos Alexander Bard y Jan Sodevirsq para definir al conjunto social que protagoniza y rentabiliza, en términos de influencia y construcción comunitaria, la sociedad de las redes distribuidas. Los netócratas son, resumiendo mucho, los herederos de la cultura hacker que han creado una esfera informativa propia.

Estos marcos interpretativos, generadores de significado, son, a su vez, otros tantos mundos, el resultado de una interacción sostenida en el tiempo en el seno de una comunidad autoidentificada por su propio sistema de conocimiento. Y es que, de hecho, el conocimiento sólo existe en comunidad, hasta el punto de que suele ser la comunidad la que pone adjetivos al saber: comunidad científica, conocimiento científico; comunidad de fe, conocimiento teológico...

Y lo que vale para toda una serie de conocimientos pretendidamente universales vale también para conocimientos identitarios: desde el arte hasta el particular conocimiento de las comunidades imaginadas de la nación, la ideología o el sexo, pasando por los relatos generadores de sentido de las comunidades reales, las empresas y las familias.

Lo que ha hecho Internet ha sido multiplicar la visibilidad y facilitar la generación de espacios de conocimiento, identidades y comunidades nuevos, haciendo que cada vez sea más difícil representar homogéneamente el mapa del conocimiento social.

Donde antes teníamos un rompecabezas de madera de cuatro piezas, ahora tenemos un puzle de millones de piezas minúsculas, el mar de flores. La diversidad nos hace complejos al enfrentarnos al espejo de la propia diversidad de nuestros entornos.

Los llamados netócratas son, en realidad, jardineros de contextos, procesadores de información, comunicadores, hackers, bricoleurs, que los desarrollan, los transmiten o los ponen en valor; que los solapan o los rompen en la danza orgánica de la gran digestión social de la información.

Han nacido y crecido profesionalmente en un mundo en el que el carácter irreductible de la diversidad se hace evidente, en el que todo es colaborativo e identitario al mismo tiempo, pero en el que, a fin de cuentas, su propio valor viene dado por la coherencia de la comunidad de la que forman parte y el reconocimiento que obtengan de ella.

El reconocimiento y la jerarquía no se llevan bien. La cohesión forzosa tiende a disolverse en un mundo donde nada es más fácil que saltar de una red a otra, que identificarse y sumergirse en un contexto alternativo. Las empresas de los netócratas tienden a la horizontalidad y la ausencia casi total de jerarquías porque éstas son contraproducentes para alcanzar el tipo de incentivos que les motivan. Por eso Juan Urrutia nos propone:

*Diferenciarlos de los empresarios y mirarles como miramos a los científicos. Pretenden ganarse la vida, pero no es ése ningún objetivo final. Desean realmente reconocimiento y la posibilidad de seguir aprendiendo.*(4)

A medio plazo, los netócratas se sienten más cómodos con la idea de vivir en una comunidad con negocios y autonomía económica que creando comunidades alrededor de empresas cuya estructura profunda seguirá atendiendo a la lógica industrial y jerárquica del viejo mundo.

Esas comunidades empoderadas con negocios son las llamadas filés (5). En principio, entre ellas sólo tienen en común la idea de la preeminencia de la comunidad sobre sus empresas y su definición transnacional. La filé no es un subconjunto de la identidad nacional imaginada. Como espacio político, si algo define sus fronteras son los idiomas en los que se desarrolla el debate interno. No hay filés españolas, camerunesas o chinas. Hay filés que trabajan en lenguas latinas, bantúes o en chino, pero las fronteras de la comunidad no vienen determinadas por la pertenencia a una nacionalidad o un estado.

(4) <http://juan.urrutiaejealde.org/acumuladacumulad>.

(5) Véase VV.AA., *De las naciones a las redes*, El Cobre, 2009.

En principio, las filés no tienen por qué tener una economía democrática ni estar poco jerarquizadas. Sin embargo, incluso en las más vetustas, se han observado durante la última década tensiones horizontalizantes, democratizantes, que ocultan el mar de fondo de la lógica de la abundancia.

Un ejemplo especialmente interesante es el de los muridíes, una comunidad transnacional de lengua wolof con más de dos millones de personas repartidas por una docena de países y sostenida por el pequeño comercio y el textil.

Todos los que hemos veraneado en Europa en los últimos años nos hemos encontrado con ellos en alguna ocasión. Eran esos nuevos buhoneros que recorrían las playas europeas y abrían bazares y pequeños comercios de telas, vestidos y productos típicos africanos.

Originalmente, la muridiya era una hermandad sufi. Fue fundada por Ahmadou Bamba, un morabito que predicaba el pacifismo y la doctrina de la santificación por el trabajo en Senegal en 1883. Frente a la tradición sufi de la modestia por la mendicidad, el trabajo en las tierras propiedad de la comunidad desempeñará un papel central en el camino de perfeccionamiento espiritual de los muradíes. De ahí que se les llamara móodumóodu (manímani), pues tenían que trabajar en la recogida y el procesado de los cacahuetes para la exportación.

En 1912 los muridíes organizan la colonización de tierras de pastoreo fuera del país wolof, en zonas peul (6) apenas controladas por la colonización francesa. Los talibé, seguidores del morabito, recibían comida y alojamiento durante los meses de lluvia. Al cabo de diez años tenían derecho a una parcela en propiedad, con lo que las comunidades muradíes se convirtieron en la base de la urbanización y la wolofización de Senegal.

Cuando en los años setenta caen los precios internacionales del cacahuate y baja la producción, el sustento económico de los muridíes pasa a depender del sector comercial. En aquel momento la muridiya se había expandido ya a través de sus comerciantes hasta Costa de Marfil, Camerún, Gabón, Congo, Chad y aparecía por primera vez en el Magreb.

En los años noventa las redes de comerciantes muradíes llegan hasta Sudáfrica y Europa meridional. Con una parte significativa de la comunidad transnacionalizada, los muridíes mutan sus instituciones y desarrollan una forma, un contenido y una estructura nuevos para las dairas, las tradicionales escuelas coránicas que constituyen el centro de la vida de las hermandades sufíes en el occidente africano.

Las dairas se convierten, en la emigración, en comunidades que comparten casa, trabajo, ahorro y recursos, formando una unidad económica de acogida y empoderamiento. Las dairas acumulan y generan capital a través de sistemas de crédito sin interés en cuya fundamentación implican a emigrantes ya establecidos y con buena situación económica. Su arranque y su funcionamiento no precisan una planificación centralizada. Todo muridí tiene el deber de recoger y dar trabajo y herramientas a cualquier hermano que llegue.

Entonces, el recién llegado pasa a ocupar el escalafón más bajo de la estructura de la cofradía desde donde podrá prosperar gracias a su trabajo y dedicación a la cofradía. Existe una similitud entre el rito de iniciación de pasar de joven a adulto y el proceso migratorio; en la primera etapa el móodumóodu es daxar (tamarindo en wolof), pasa por una serie de penalidades económicas, de claudesinidad, de explotación socioeconómica, de aprendizaje sobre cómo vivir fuera de la comunidad de origen en un medio desfavorable. Una vez ha superado estas pruebas adquiere el estatus de

(6) Los peul son un pueblo nómada de pastores que se extiende desde Mali, a través del Sahel, hasta Senegal.

goulou, aquel migrante establecido, con conocimientos y capacidades para moverse y ser un referente para el resto de migrantes, en definitiva un hombre adulto (Fall,1998:29). Es en este nivel donde se sitúan los empresarios murides, dedicados sobre todo al comercio internacional de importación -exportación entre sus lugares de residencia (España, Francia, Italia, Arabia Saudí o Estados Unidos) y Senegal. Algunos de ellos incluyen en el nombre de sus empresas la palabra Touba, ciudad sagrada donde está enterrado Amadou Bamba el fundador (7).

El morabito se convierte, entonces, en un cuidador de la red, entre cuyas funciones se incluye encargarse del movimiento de las remesas y generar flujos y oportunidades de negocio entre los distintos nodos muridíes.

La red muridí se transforma paulatinamente. Del riguroso modelo descentralizado y jerárquico original, con el califa en la cima, pasamos a un modelo de relaciones distribuidas entre nodos que mantiene todavía un modelo interno piramidal. Es ese modelo jerárquico interno lo que, al parecer, genera más dudas entre los jóvenes.

Estas transformaciones internas también se reflejan en lo identitario. El imaginario muridí ha ido transformándose desde el imaginario étnico wolof hasta el senegalés (nacional) para, finalmente, pivotar sobre su propia historia y características dentro de la visión universalista de la umma musulmana.

Las dairas europeas y americanas, completamente distintas de las de Senegal, cada vez se sienten menos identificadas con la realidad conservadora de las senegalesas y, sin embargo, constituyen su principal fuente de ingresos, con lo que no son previsibles rupturas significativas. Los muridíes se transforman y se transformarán cada vez más desde la periferia al centro, es decir, de cofradía a filé (8).

Lo llamativo es que no estamos hablando de un grupo de hackers nacidos de Internet, sino de una vetusta cofradía sufí con más de un centenar de años de historia y millones de seguidores, y sin embargo los tiempos de evolución, casi año por año, son los mismos y el resultado paralelo. Lo que ha de llevarnos a destacar aquello que tienen unos y otros en común: una potente ética del trabajo que refuerza los lazos y el reconocimiento comunitario, pero que si observamos bien, está basada en el amor por el conocimiento.

Y si bien esa ética siempre estuvo presente en la tradición académica europea, también apareció y de hecho sobrevivió hasta hoyen partes destacadas de un movimiento social tan tradicional como insuficientemente reconocido: el cooperativismo.

(7)

Rafael Crespo, "Los 'móodu-móodu' y su impacto en la sociedad de origen", en *Empresariado étnico en España*, CIDOB, Barcelona, 2007.

(8)

Algo que, por cierto, choca en Europa porque rompe el molde social de los muridíes como meros inmigrantes, en proceso de asimilación nacionalizante y útiles para la llamada cooperación al desarrollo por su estructura de beneficencia.